

LA NAVIDAD EN AMÉRICA

LOS que venían del Norte vieron brumas en las alturas serranas y en los campos de Castilla el verdeo húmedo de las mieses. Los de Extremadura y Levante llegaron hasta el puerto sobre una amarilla alfombra de hojas de olivo, de vid y de palmera.

Los pueblos de España quedaban atrás, envueltos en la frescura del otoño: golpes de hacha en los bosques maduros; amor al viejo llar ennegrecido de recuerdos... ¡qué dulce su vivir!... Ya la Navidad se presentía en las cosas.

En los puertos, los que admiraban la aventura de los conquistadores se sentían marineros, y durante días y noches, sin descanso, sujetaban las velas a los mástiles y sonreían viendo a las olas desdoblarse su mensaje de espumas en la proa de las embarcaciones.

Y cuando soplaban bonanza se hacían a la mar, y al hundirse en la lejanía las costas de España experimentaban una sensación de gozo y de dolor: de gozo, al amparo de las velas henchidas de fe; de dolor, ante el recuerdo de los que abandonaban quizá para siempre.

Sumido en un valle o asomado a una cumbre, quedaba el hogar de los suyos glorificado de encantos navideños. Eran muy verdes los bancos enrociados, y muy blancas, como gotitas de leche, las ovejas en los pastos. Las campanas de la iglesia sonarían aquella tarde para anunciar la Nochebuena, dulce de miel y espumosa de vinos viejos. Luego, bajo el helado plenilunio de la media noche, la misa del "gallo" coreada de panderos y de báculos pastoriles. Dios había nacido en Belén. Las estrellas firitaban recordando el frío de Jesús, que también allí, en la iglesia, tenía su pesebre rodeado de una mula endrina y de una vaca parda. Y sobre la chimenea del hogar, ya muy lejano, la noche gloriosa de aquel misterio... Al siguiente día, la Pascua, que no era florida, pero sí blanca de nieve. El cordero asado, las torrijas de miel y el vino caliente alegraban la comida, y a la hora del rosario, los zagales llevaban al Jesús del nacimiento un cordero de labios y pezuñas sonrosados... Y luego las otras fiestas, todas muy alegres y bulliciosas, porque de ellas sólo perduró la alegría y el amor. Los Santos Inocentes, y el Año Viejo y el Año Nuevo, con refranes y felicitaciones muy alegres. Y por fin el día que los Magos vinieron del Oriente con el oro, el incienso y la mirra en estuches de plata. En el pueblo del improvisado navegante y futuro colonizador de América brillarían, durante la Navidad, farolillos de papel pintado, y los pastores, vestidos de zamarras, recorrerían las calles llevando al Señor los blancos corderos que luego eran sacrificados para la fiesta...

Y así, recordando, el español seguía su rumbo, que ya estaba trazado sobre el mar y escrito en las cartas de los navegantes. Pero las carabelas eran impulsadas por la fe, y sólo en su virtud España envió a América, junto con la semilla de su verdad, la gracia preciosa de sus tradiciones.

* * *

De norte a sur, sobre el inmenso continente estrangulado de América, está el amor de España hecho rito y cantar. Un día, las zonas tórridas y las pampas verdes como mares se estremecieron, y la revolución se antojó un cataclismo; pero España permaneció allí, crucificada con clavos de sangre, y de las heridas brotó la verdad que se hizo amor en el tiempo, amor que hoy canta, en salmo, toda Hispanoamérica.

Y uno de los versículos de esta alabanza es la Navidad. Los misioneros, colonizadores y navegantes suprimieron las distancias, los climas y los paisajes, y su virtud trasplantó, al verano de América, la fría Navidad española, y en cada pueblo matizó su sentir, de una bella y propia característica.

Así, en Méjico y Centroamérica, los diez días que preceden a la Nochebuena cobran singular devoción. A la anochecida, los templos se llenan para celebrar las Posadas. Los zagales se agrupan en el centro de la iglesia. Visten zamarras y calzón atado a las rodillas. Empuñan báculo cascabelero y tocan la guijola. El sacerdote reza el rosario, y al final de cada misterio suenan los cascabeles y las guijolas y el santo templo se alborozaba ante el nacimiento de Jesús. A la hora de la solemne letanía, cuatro doncellas, vestidas de blanco, llevan en procesión las imágenes de los Santos Peregrinos.

Luego, estos actos religiosos se viven en la calle con un realismo simbólico que patetiza la devoción cristiana de Méjico. Frente a las casas acomodadas llegan en tropel los invitados, que se alumbran con antorchas. Las puertas están cerradas. Los invitados golpean las aldabas y una ventana se abre a la noche:

—¿Qué deseáis?

—Pedimos posada para los Santos Peregrinos.

Se oye un rumor de cascabeles y de panderos. Los villancicos suplican piedad y cantan la inclemencia del tiempo, y ya dentro de la casa, ante la Guadalupe alumbrada de farolillos, se reza el rosario y luego se rompen piñatas que guardan sorpresas muy dulces.

El 24 de diciembre es vigilia en Méjico, y las cenas íntimas y suculentas se celebran oída la misa del "gallo". Los hogares están adornados de heno y de farolillos, el dulzor de los turrones se sazona con vino español, y la alegría dura hasta la amanecida de la Pascua, que también es jubilosa, porque los niños hallaron sus botitas repletas de juguetes y de dulces.

Desde Tepic a Oaxaca y desde Tamaulipas a Michoacán, Méjico vive, en las fiestas de Navidad, la más profunda e íntima de las emociones. Junto al tesoro de sus melodías guarda la gracia y la virtud de esta tradición cristiana.

Y al través de los cinco países, que cual eslabones trenzados enlazan los dos continentes



de América, llegamos a Colombia, pueblo vinculado íntimamente al sentir de España. Tan sólo el escenario varía merced al trópico. La vegetación es pujante, y en este mes de diciembre es cuando se abren las flores. Por lo demás, júbilo en la noche del 24, que se endulza con buñuelos de maíz y de nata muy blanca. En las ciudades, árboles de Navidad, escarchados de oro y plata, y en los pueblos campesinos, belenes ornados de heno.

El Ecuador también se alegra en los días del Nacimiento. Desde las zonas andinas hasta las sabanas de Bababoyo, los pampiles esbeltos y las aromáticas vainillas florecen bajo el sol del "veranillo del Niño". En las iglesias y en las casas de abolengo se celebran novenas y se dicen loas ante el Belén. Del 5 al 27, los guambras se visten de zagales, y del 28 al 7 de enero, los mayores se disfrazan de payasos y las chuchumecas les acompañan. Los guambras van en su pos y les gritan:

—¡Payasito, la lección!

Las chuchumecas premian la atención votando colaciones.

También para el amor la Navidad ecuatoriana tiene una costumbre. Se disfrazan los novios con trajes indígenas, y en las plazas las máscaras tratan de reconocerse para ganar el premio convenido. Los prometidos se observan detenidamente y al fin descubren a su mascarita. Las confusiones son muy celebradas, y también los regalos.

En la Nochebuena se cena en familia: vino español, buñuelos de miel y pestiños sazonan los abundantes manjares, y durante la misa de la media noche, aquí llamada del "Niño", se toca la música más alegre y típica del Ecuador: los "sanjuanitos". Y las fiestas navideñas terminan el día de los Magos con el "curso de las flores", cuya alegría, color y perfume es semejante al de las fiestas levantinas.

De Colombia, Ecuador y Perú, que por haber recibido la gracia de la conquista por el Poniente guardan celosos una misma tradición, pasamos al Brasil, país que copió su límite del frontero continente africano. De Bahía a Riogrande, la Nochebuena es una fiesta de hondo sentido cristiano que no logró entibiar el relajoso cosmopolita. Pero en el Norte la tradición caló más hondo y las cabalgatas y representaciones navideñas conservan su natural color. Los pastores ataviados de trajes indígenas y las zagalas vestidas de amplias faldas, collares y blancas tocas, van de casa en casa cantando villancicos.

Pero el día más alegre es el "Reisado". El esplendor oriental de los Magos se revive con el policromo atuendo indio y las cabalgatas son más numerosas y la ansiedad de los niños se colma de regalos.

A pesar de los climas diferentes, todas las playas brasileñas bullen de gentío en este tiempo. Las fiestas, bailes y mascaradas son animadísimas, y en la Noche Vieja las sirenas de las fábricas y de los barcos anclados y las campanas de todos los templos saludan al nuevo año, que los brasileños reciben con júbilo desbordado de serpentina y de luz.

Pero fué en el centro de Sudamérica donde las costumbres de la Navidad española se vincularon más íntimamente al sentir indígena. Bolivia,

pueblo tropical, sonoro de canciones, matizó sus villancicos de acentos indios, y ante sus pesebres iluminados repite fervorosamente: *Tata de los cholos,—niño Dios,—lindo y bonito—mesmo que un sol.—A adorarte venimos,—a adorarte, niño Dios.*

¡Cuánta poesía, reciedumbre y sentimiento!... Sobre los pentagramas de mil melodías populares, Bolivia canta estos villancicos durante las fiestas veraniegas del Nacimiento.

Y al sur, Argentina. Su fiesta es tan varia como sus gentes; pero al cobijo de los Andes las costumbres cristianas se guardaron mejor. Aquí, los días navideños son familiares, silenciosos... y dejan en las almas un regusto santificado que enfervoriza la liturgia del año entero. Antes y después de la misa de media noche, se celebran cenas y reuniones que congregan a parientes y vecinos. El calor es agobiante y bajo el plenilunio de los patios, adornados de flores, se escucha la cadencia de un villancico. La siringa, la quena, y el charango envuelven en su melodía el amor del cantar, y la chicha, agrídulce y espumosa, alegra los corazones.

En el litoral, la fiesta es como en Europa. Las colonias españolas, italianas, polacas, rumanas y libanesas, rememoran, frente a la tibia brisa del Atlántico, la Navidad escarchada de sus patrias.

Buenos Aires, la ciudad del bergantín y la goleta que ampara el espíritu de Dios, se alborozaba en los días del Nacimiento. Los aguinaldos se convierten en pan dulce, avellanas piñones, sidra y champán. El pan dulce, relleno de frutas brillantadas, y el pavo no faltan en ninguna familia. La noche de la Pascua ha recobrado su íntimo sabor cristiano. En la Avenida del 9 de Julio se instala un gigantesco Nacimiento de gran valor ornamental, y en los escenarios al aire libre se representan belenes. El 6 de enero, los Reyes de Oriente cabalgan sobre tres camellos del Parque Zoológico, ricamente enjaezados, y reparten juguetes a los niños pobres.

* * *

Y aquí está, brevemente dibujado, el color y la alegría de la fiesta que España llevó a América. Desde Méjico a la Argentina y desde Lima a Río de Janeiro, su sentimiento religioso permaneció, aun encuadrado en diferente clima y paisaje, adornado con la gracia de lo indígena. Así es su Navidad, que en este tiempo se une a nuestra voz para decir el cantar de los ángeles: "¡Gloria a Dios en las alturas...!".